



Cardenal Sarah:

«Si los sacerdotes ya no hablan de la vida después de la muerte, se vuelven inútiles»

Raíces cristianas de Occidente

En las sociedades europeas, la Navidad está desapareciendo en favor de las «fiestas de fin de año», un signo entre otros de una voluntad de borrar las huellas visibles del cristianismo. ¿Cómo analiza el malestar de los europeos frente a su identidad?

Toda la civilización europea está impregnada de cristianismo. Por un fenómeno curioso, Occidente parece querer renegar de su identidad. Como un adolescente en crisis que no asume ni su nombre ni sus raíces, Europa trata en vano de convencerse de que viene de la nada, que se construyó sin recibir el aporte fecundo y decisivo del cristianismo. Esta actitud le parece patética, inmadura y suicida al resto del mundo. ¡Estar avergonzado de lo que se es es una enfermedad mental! Europa solo será verdaderamente ella misma si se reconoce cristiana. Ni siquiera es necesario tener fe personalmente para admitirlo. Queremos celebrar la Navidad, iluminar las calles, darnos regalos, pero ¿para qué alegrarnos si no hay una causa? ¿Si no es porque Dios, que es la luz verdadera, viene a librarnos de nuestras tinieblas y salvarnos naciendo como un niño en un pesebre? La Navidad sin Cristo, sin Jesús en el pesebre,

es un cascarón trágicamente vacío que el consumismo intenta llenar con su oropel y su vulgaridad.

¿Cómo reencontrar el sentido original de la Navidad en una sociedad hiperconsumista?

En Navidad celebramos a Dios que se hace niño, accesible, frágil, ¡tan pequeño! ¿Quién no se dejaría conmovir por el pesebre? Para redescubrir el significado de la Navidad, basta contemplar el pesebre en silencio. Entonces surgirán en nuestros corazones estos sentimientos de dulzura, de acción de gracias, de adoración y de inocencia. Entonces nacerá en nosotros el aprecio por la pobreza, la sencillez y el silencio. Luego, observaremos con sorpresa y disgusto la sollicitación llamativa de los anuncios y el frenesí del consumo que, por un momento, tal vez nos había fascinado. ¡Miremos el pesebre! ¡Este es el único remedio!

¡Ninguna civilización tiene la promesa de la vida eterna! ¡Sí, el Occidente cristiano puede morir si renuncia a su alma y a su fe en Cristo Jesús! ¡Sin fe, Occidente es un cuerpo sin alma, es decir un cadáver!

Bajo los golpes de los invasores bárbaros, secciones enteras del cristianismo de la Antigüedad desaparecieron otrora en el norte de África y en Asia Menor. De ahora en adelante, la barbarie materialista está en los corazones y los espíritus. Puede ser que el cristianismo europeo sea finalmente reducido a una minoría muy pequeña, tolerada si calla, perseguida si se atreve a hablar. Entonces los cristianos serán quizás verdaderos discípulos de Cristo crucificado: odiados y despreciados por el mundo. Pero no se puede desear una situación así. Porque los más débiles y los más temerosos ya no se atreverían a anunciar ni a expresar su fe.

El cristianismo europeo también puede despertarse y muchos signos parecen indicarlo. En el corazón del desierto espiritual de la sociedad contemporánea, vemos formarse oasis que reúnen a las familias en torno a parroquias vivas y monasterios fervorosos. Estos cristianos sin complejos se esfuerzan por vivir generosamente una vida cristiana exigente. Ellos causan mi admiración. Rezan, están atentos a la calidad de su formación catequética, evangelizan y se ponen al servicio de los más abandonados.

Hace poco leí un estudio que indica que, si bien se puede hablar de un verdadero suicidio demográfico de Europa, los creyentes son los únicos que todavía crean familias numerosas. Este es para mí un signo muy claro: sin la confianza en un Dios bueno y paternal, se pierde el deseo mismo de la vida y de la fecundidad. Si el niño no es recibido como un don de Dios, entonces se convierte en una carga, un obstáculo en la búsqueda de una vida material cómoda. Si la fe en Dios no nos nutre de esperanza, ¿para qué querer engendrar? ¿No vemos hoy en día a ecologistas radicales sin fe en Dios predicar con resignación la necesidad de la extinción de la especie humana e invitar con convicción a dejar de dar la vida a los niños?

La vivencia radical del cristianismo en África o Asia

En otras regiones del mundo, el cristianismo está progresando. ¿Cómo explicar esta diferencia? ¿Cuál es la receta de los cristianismos asiático o africano?

Tanto en África como en Asia, los cristianos a menudo arriesgan su vida por su fe. Como los primeros cristianos, a menudo eligen vivir la pobreza evangélica y tomar en serio las exigencias de las enseñanzas de Dios. No están anestesiados por la comodidad material. A veces caminan durante horas para venir a la Misa. En Occidente, queremos ser tan «espirituales» que la fe se convierte en una idea, ¡incluso en un fantasma! ¿Puede permanecer viva una fe que no es concreta, que no exige ninguna renuncia, que no cuesta nada? En África, la fe es simplemente el corazón, el esqueleto de la vida cotidiana. No se tiene miedo de encarnarla a través de prácticas de devoción popular, a través de la oración pública o privada, el ayuno y la penitencia practicados colectivamente. En Europa, la menor expresión de fe en el espacio público es percibida como una transgresión. La laicidad puede ser algo bueno si no prohíbe la expresión pública y social de la fe. Pero a veces se convierte en una carga que nos obliga a relegar las creencias al dominio estrictamente privado. El respeto a todos no nos obliga a amputar nuestra fe tan pronto como estemos en sociedad.

Indiferencia ante el fin último: también responsabilidad de los pastores

Entre nuestros contemporáneos se observa una creciente indiferencia ante la cuestión del último fin, como si ya no les preocupara lo que ocurre después de la muerte. ¿Cómo despertar este deseo de eternidad en nuestros contemporáneos?

Creo que se equivoca. Nuestros contemporáneos tienen un verdadero deseo de eternidad. Se preocupan por la vida después de la muerte. Más bien somos nosotros, sacerdotes y obispos, los que ya no les hablamos de ello. Sin embargo, eso es lo que vienen a pedirnos. Nuestras enseñanzas deben recordarnos siempre las grandes verdades del alma, del Cielo, del Infierno y del Purgatorio. Quise recordárselo con firmeza en mi último libro, Catecismo de la vida espiritual (Fayard). Pero es sencillo: si los sacerdotes ya no hablan de la vida después de la muerte, se vuelven inútiles. Las ceremonias fúnebres deben ser ocasiones para la predicación sistemática sobre la vida eterna y la salvación de nuestras almas. Por desgracia, se da crédito a la idea de que todos iremos al cielo. Esto no es lo que dice el Evangelio. La preocupación por la salvación, la oración por los difuntos, las almas del purgatorio son verdades centrales sin las cuales la fe carece de sentido.

La crisis está en no llamar al pecado por su nombre

Las últimas revelaciones de abusos sexuales cometidos por obispos y cardenales han dado a la opinión pública francesa la sensación de que la Iglesia es incapaz de hacer limpieza y gestionar la situación con verdadera transparencia. ¿No corre el catolicismo el riesgo de quedar definitivamente desacreditado por esta crisis de confianza?

La credibilidad de la Iglesia no descansa en la eficacia de las conferencias episcopales, ni en tal o cual obispo o cardenal como individuo humano, con sus fragilidades no suficientemente combatidas por la oración. La credibilidad de la Iglesia se basa en el Evangelio y en la divinidad de Jesús. Si hay santos que nos lo recuerden, serán creíbles. Creo que hay muchos santos entre los sacerdotes e incluso entre los obispos. Saben recordar la Buena Nueva con fuerza y credibilidad. Los santos son creíbles, ¡no estructuras administrativas! Al contrario, estas estructuras son a veces ocasiones de huida y de abandono colegial de Jesús y de su enseñanza por miedo a disgustar al público.

Es cierto que durante años hemos tenido miedo de llamar al pecado por su nombre y de castigarlo. Ya es hora de que esto termine. Hay que denunciar el pecado. Los culpables deben ser castigados. Más que una cuestión de transparencia y comunicación, es una cuestión de coherencia con el Evangelio.

Frente al auge del Islam, ¿debería la religión católica ser más conquistadora? ¿No se corre el riesgo, en las próximas décadas, de ver cómo se trazan nuevas líneas divisorias entre religiones vivas y otras más apáticas?

No es una cuestión de competencia. Si predicas a medias y tímidamente, creas un vacío, un borrador.

El islam se extiende porque no somos misioneros ni ardientes en nuestra fe. El avance del Islam revela la tibieza de los cristianos. Estoy convencido de que muchos jóvenes de familias inmigrantes esperan la Buena Nueva de Cristo. ¿Quién se atreve a llevárselo? Somos tacaños con los tesoros de la fe que hay en nosotros. No nos atrevemos a evangelizar. Tenemos miedo de que nos llamen proselitistas, o incluso fundamentalistas o irrespetuosos con otras religiones. Sin embargo, Jesús dijo: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará. Quien no crea será condenado. La presencia en Europa de tantos jóvenes procedentes del mundo musulmán, desgarrados entre culturas diferentes, es un indicio de la Providencia. Tenemos el deber apremiante de ofrecerles la verdad del Evangelio con claridad y sencillez. ¿Cómo pueden amar a una Europa que sólo es un vasto mercado de consumo? Sólo pueden respetar y amar a una Europa cristiana y orgullosa de su fe.

Camino alemán y mundanización

¿Podrían las cuestiones del matrimonio de los sacerdotes, la ordenación de las mujeres o la bendición de las uniones homosexuales crear un cisma, especialmente con la Iglesia alemana?

Seguro que has oído hablar del cuento de Andersen, El traje nuevo del emperador: un día, unos sinvergüenzas convencen a un rey de que van a hacerle un suntuoso traje, hecho de un material que sólo pueden ver las personas inteligentes. Por supuesto, el rey no ve nada, pero no se atreve a decirlo y finge contemplar ese tejido inexistente. Luego desfila por la calle vistiendo esta pseudo-ropa. Nadie ve nada. Pero nadie se atreve a decirlo por miedo a parecer idiota. Así que todo el mundo, con una prisa ridícula, aclama al rey que desfila semidesnudo. Pero de repente, un niño inocente se atreve. Grita: «¡El rey está desnudo! Y entonces todo el mundo dice: «Si ese niño tiene el valor de decirlo, ¿por qué yo no?». La Iglesia es ese niño que se atreve a ir contra corriente, que se atreve a denunciar el fraude. Quieren hacernos creer que no es «correcto», ni «inteligente» ir en contra de las ideas de moda. La Iglesia se atreve a decir que la modernidad expone al hombre, no lo hace crecer, lo ridiculiza. Degrada al hombre y lo sitúa por debajo de un animal. Para denunciar todo esto, la Iglesia necesita el valor y el candor de un niño. Para ser ella misma, la Iglesia debe tener el valor de preservar la inocencia de la infancia. Me temo que en Alemania las estructuras eclesíásticas han envejecido los corazones, como dice el Papa Francisco. Me temo que allí ya no quedan almas infantiles capaces de gritar ante la modernidad: «¡El rey está desnudo!

¡Si buscáramos a Cristo! Tal vez seríamos mal vistos y crucificados por los medios de comunicación, pero entonces seríamos realmente discípulos de Jesús.

Lo que está ocurriendo en Alemania es aterrador. Es una tentación a abandonar el Evangelio, una tentación a la apostasía. La Iglesia allí es demasiado rica, demasiado dependiente del Estado, demasiado atada al mundo. Ya no se atreve a ir contracorriente. Cree que copiando a los protestantes, que bendicen las uniones entre personas del mismo sexo y nombran pastoras a mujeres, tendrá éxito. Sin embargo, ¡estas comunidades protestantes alemanas apenas tienen vocaciones ni seguidores! ¿Qué buscamos? ¿Qué buscan? ¿Popularidad mundana? ¡Si buscáramos a Cristo! Tal vez seríamos mal vistos y crucificados por los medios de comunicación, pero entonces seríamos realmente seguidores de Jesús. Hago un llamamiento a mis hermanos obispos de Alemania: ¡no tengáis miedo del Evangelio, no tengáis miedo de la Cruz, no tengáis miedo de ser pobres y renunciar a las subvenciones estatales, no tengáis miedo de ser criticados! Ésta es la única manera de seguir auténticamente a Jesús: subir con él al Calvario.

Vida monástica

En Francia disminuye la práctica religiosa, pero se renueva el interés por las peregrinaciones y la vida monástica: ¿cómo ve esta paradoja?

Los monasterios y las peregrinaciones son oasis en el desierto. Allí se experimenta un cristianismo que abarca toda la vida y no es sólo un «suplemento espiritual para los domingos. Estoy convencido de que unos días de retiro en un monasterio son inmensamente beneficiosos. Demuestra lo necesario que es volver a poner a Dios en el centro. Cuánta adoración, silencio y sobriedad de vida son las condiciones de unas relaciones pacíficas y amables.

Los monasterios son centros de civilización porque son fuegos de adoración. El futuro de la Iglesia y de su misión se encuentra en los monasterios, porque en ellos Dios se revela como el único bien.